



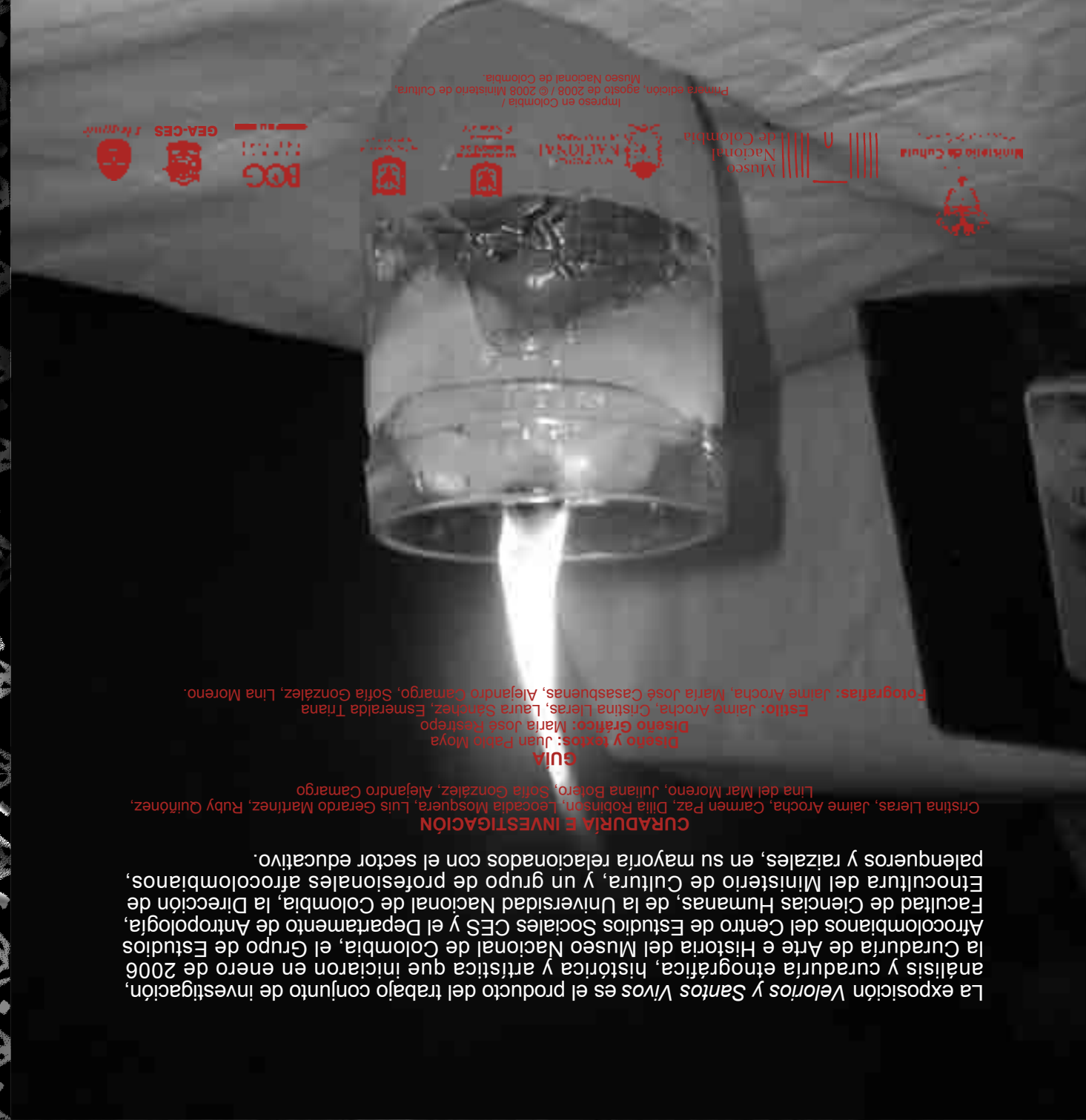
Velorios y Santos Vivos

Comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras



La exposición *Velorios y Santos Vivos* muestra, objetos, altares, espacios y prácticas relacionadas con los ritos funerarios y la devoción a los santos. Nos cuenta acerca de las tradiciones que las comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras conservan frente a la muerte, así como su convivencia cotidiana con los antepasados y los santos al considerarlos parte integral de sus familias vivientes.

Detalle de las mariposas de un Altar de última noche en Guapi, Cauca

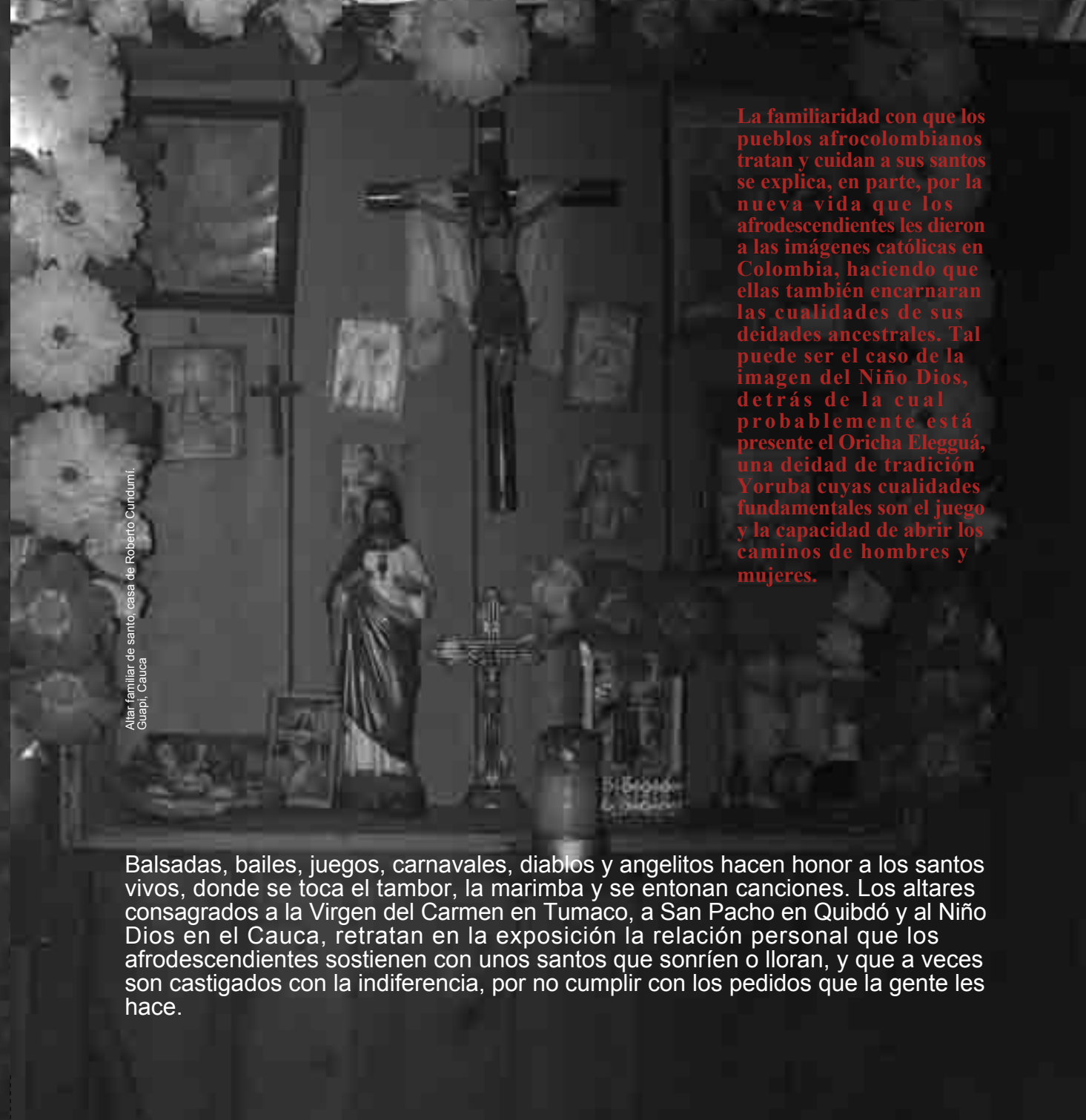
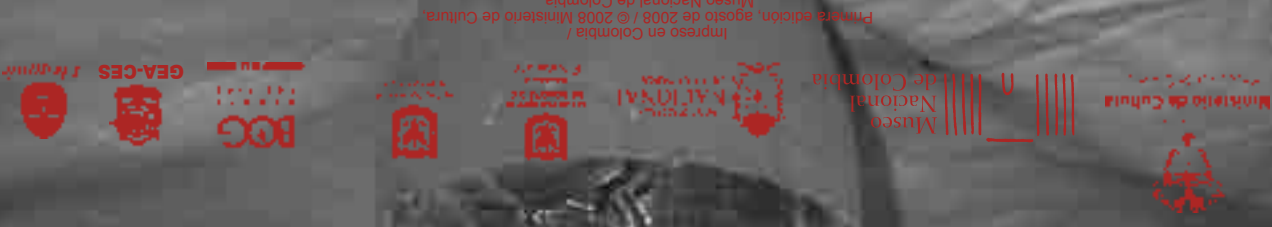


CURADURÍA E INVESTIGACIÓN
Cristina Lleras, Jaime Arrocha, Carmen Paz, Dilia Robinson, Leocadia Mosquera, Luis Gerardo Martínez, Ruby Quiñónez, Lina del Mar Moreno, Juliana Bolívar, Sofía González, Alejandro Camargo

GUÍA
Escrito y revisado por: Juan Pablo Moya
Diseño Gráfico: María José Restrepo
Editor: Jaime Arrocha, Cristina Lleras, Laura Sánchez, Esmeralda Trana

Impresiones: Jaime Arrocha, María José Casasbuenas, Alejandro Camargo, Sofía González, Lina Moreno

La exposición *Velorios y Santos Vivos* es el producto del trabajo conjunto de investigación, análisis y curaduría etnográfica, histórica y artística que iniciaron en enero de 2006 la Curaduría de Arte e Historia del Museo Nacional de Colombia, el Grupo de Estudios Afrocolombianos del Centro de Estudios Sociales CES y el Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, de la Universidad Nacional de Colombia, la Dirección de Etnocultura del Ministerio de Cultura, y un grupo de profesionales afrocolombianos, palenqueros y raizales, en su mayoría relacionados con el sector educativo.



La familiaridad con que los pueblos afrocolombianos tratan y cuidan a sus santos se explica, en parte, por la nueva vida que los afrodescendientes les dieron a las imágenes católicas en Colombia, haciendo que ellas también encarnaran las cualidades de sus deidades ancestrales. Tal puede ser el caso de la imagen del Niño Dios, detrás de la cual probablemente está presente el Oricha Elegguá, una deidad de tradición Yoruba cuyas cualidades fundamentales son el juego y la capacidad de abrir los caminos de hombres y mujeres.

Altar familiar de santo (casa de Roberto Quiñóni), Guapi, Cauca

Balsadas, bailes, juegos, carnavales, diablos y angelitos hacen honor a los santos vivos, donde se toca el tambor, la marimba y se entonan canciones. Los altares consagrados a la Virgen del Carmen en Tumaco, a San Pacho en Quibdó y al Niño Dios en el Cauca, retratan en la exposición la relación personal que los afrodescendientes sostienen con unos santos que sonríen o lloran, y que a veces son castigados con la indiferencia, por no cumplir con los pedidos que la gente les hace.



Uno de los objetivos de la exposición es dar el primer paso para incluir de manera permanente a los afrocolombianos en el relato de nación que narra el Museo Nacional de Colombia. La exposición nació de una propuesta consultada con organizaciones de comunidades negras en siete regiones colombianas, unidas por el propósito de hacer visibles los aportes que afrocolombianos, negros, raizales y palenqueros han hecho a la formación de lo nacional.

Adaptaciones en un espacio abierto en el Centro Cultural de Guapi



En la exposición *Velorios y Santos Vivos*, las esculturas talladas por personas pertenecientes a naciones étnicas de la cuenca del río Congo buscan ilustrar el puente espiritual que une a los ancestros africanos con sus descendientes en Colombia, como huella de la memoria de las culturas milenarias del África Centro-occidental que persiste hasta hoy.

A pesar de la violencia con que los africanos fueron apresados y esclavizados por los mercaderes de naciones colonialistas como Portugal, Francia, Holanda e Inglaterra, en ningún momento cesó su resistencia. Desde la misma llegada a tierras americanas los cautivos elaboraron altares que les sirvieron para encontrarse con sus ancestros africanos y reconstituir así sus memorias. Los pueblos afrocolombianos conservan esa tradición de preparar altares como lugares de encuentro para vivos y muertos, manteniendo así una vivencia cotidiana con los difuntos y las deidades en calidad de parientes y antepasados.

Piezas africanas colección Bertrand, Museo Nacional



Mujeres cantadoras. Villarrica, zona plana del norte del Cauca



Mujeres que acompañan la espina de Simancongo. Palenque, Bolívar

La noticia ya se difundió, la gente comienza a llegar. El cuarto huele a la albahaca proveniente del colchón de yerbas frescas sobre el cual han puesto a la enferma para aliviar su fiebre. Junto a ella, una mujer de edad recita la novena al Sagrado Corazón. La vieja rezandera llegó en la mañana, pues unas noches antes escuchó el canto de un *guaco*, pájaro agorero que en el Baudó anuncia la cercanía de la muerte.

En todas las regiones afrocolombianas la agonía de un familiar, vecino o amigo desencadena la solidaridad comunitaria. El *chasque*, el *chaquero* o el *circular*, según sea el lugar, divulga la noticia. A la hora de la muerte, las mujeres que conocen el oficio de embalsamar preparan el cuerpo, mientras otras confeccionan el ajuar con que lo vestirán. Por su parte, los hombres se reúnen en torno al carpintero para elaborar el ataúd y en Chocó y Palenque, las Juntas recogen entre los asistentes los aportes en dinero, comida o trabajo necesarios para realizar el velorio, el entierro y la novena.



Aura de Howard elaborando una *winding sheet*. Providencia

Un grupo de mujeres raizales se ha reunido para vestir la casa de blanco, el color del luto. Cuelgan cortinas blancas en las ventanas y cubren los espejos con sábanas del mismo color, porque en San Andrés, Providencia y Santa Catalina se sabe que si el alma se refleja, puede desorientarse del trayecto que debe seguir.

Una mujer trae en las manos una tela blanca y unas tijeras, se sienta y comienza a recortar una serie de estrellitas circulares. Poco a poco, toma forma una *winding sheet*, la sábana que envolverá al difunto dentro del cajón.

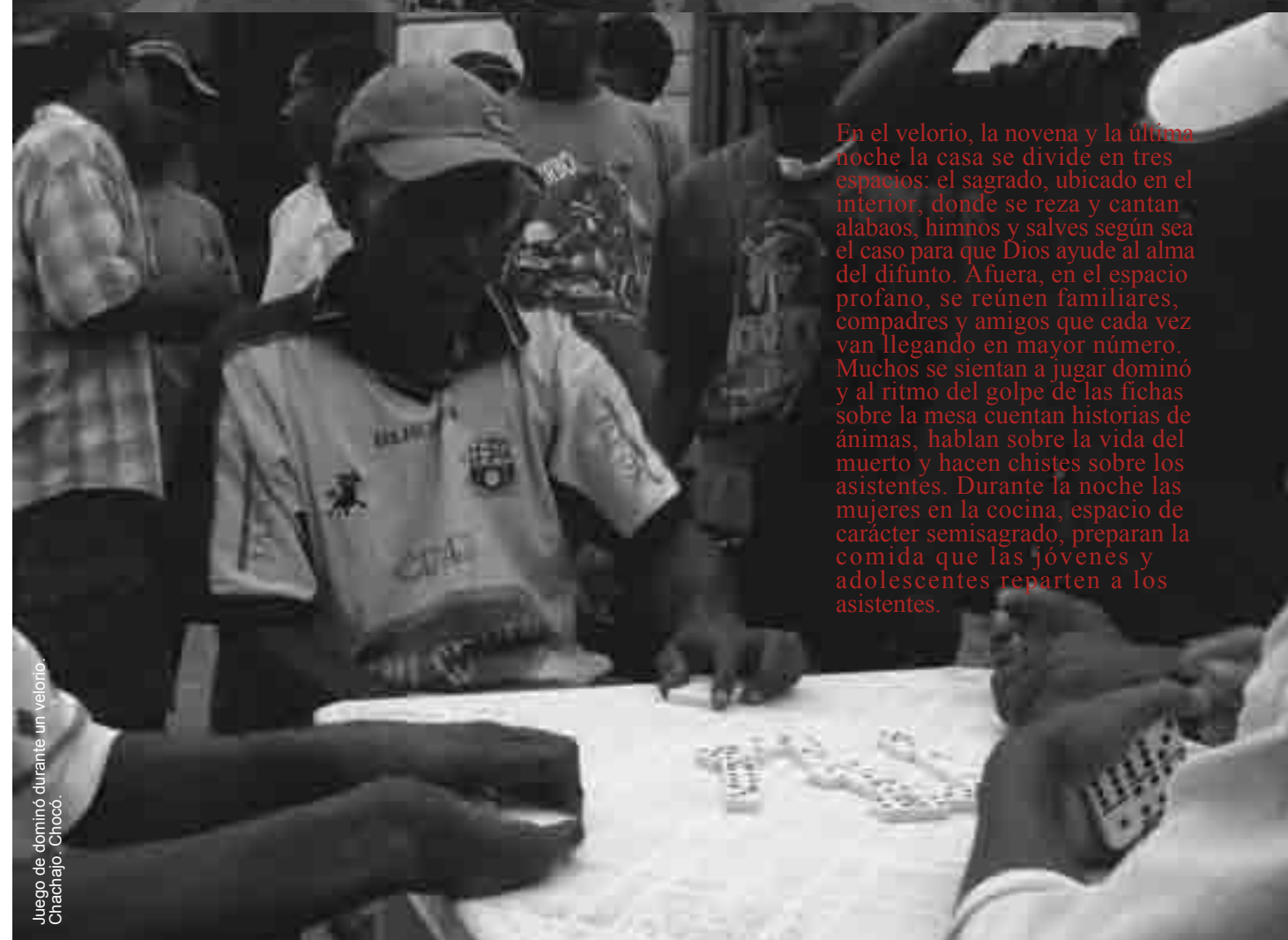


Fotografía del día del entierro del padre de Miss Cleotide Henry. San Andrés

El Archipiélago raizal se caracteriza por la sobriedad de sus prácticas funerarias, heredadas de la tradición bautista de origen inglés, en la que no existe el culto a imágenes religiosas. En las islas el altar es la casa, la cual se prepara con cuidado para recibir con las puertas abiertas a toda la comunidad que acompaña a la familia durante el *set-up* (velorio) y las *nine nites* (nueve noches).



Altar de última noche elaborado por Augusto Sánchez. Condotó, Chocó



Juego de dominó durante un velorio. Chaetajo, Chocó

En el velorio, la novena y la última noche la casa se divide en tres espacios: el sagrado, ubicado en el interior, donde se reza y cantan alabos, himnos y salves según sea el caso para que Dios ayude al alma del difunto. Afuera, en el espacio profano, se reúnen familiares, compadres y amigos que cada vez van llegando en mayor número. Muchos se sientan a jugar dominó y al ritmo del golpe de las fichas sobre la mesa cuentan historias de ánimas, hablan sobre la vida del muerto y hacen chistes sobre los asistentes. Durante la noche las mujeres en la cocina, espacio de carácter semisagrado, preparan la comida que las jóvenes y adolescentes reparten a los asistentes.

COMUNIDADES VISITADAS:

San Andrés, Providencia y Santa Catalina (Caribe insular); Quibdó, Tutunendo, Istmina y Condotó (Chocó); Guachené, Padilla, Puerto Tejada, Villarrica, Yarumales (zona plana del norte del Cauca); Quinamayó (Valle del Cauca); Tumaco, Imbilibí, Tulmo, Robles y Espiella (Nariño); Guapi y Limones (Cauca, sobre el litoral Pacífico); Uré (sur de Córdoba) y Palenque de San Basilio (Bolívar).



Detalle del altar de angelito en Uré, Córdoba

El niño en su altar multicolor parece observarnos. La flor roja nos habla de su inocencia y el penacho de papel de su ascendencia africana. Una mujer le dice a la mamá del nene muerto: “El baile para el niño es alegre, ¿no ve que es un angelito que se va derecho al cielo?, no hay que llorar, hay que bailar y cantar con él”.



Elaboración de un altar de angelito en Uré, Córdoba

En Uré, en Palenque y en el Afropacífico, se mantiene la tradición de no llorar a los niños que mueren, porque son considerados almas libres de pecado y por tanto van directamente a ver a Dios. En el Pacífico los bailes de niños se llaman chigualos o gualies, y al igual que en las celebraciones a los santos, se utilizan instrumentos musicales para interpretar ritmos festivos como bundes y jugas. En la procesión al cementerio el *angelito* es llevado en un pequeño cajón blanco, cobijado bajo un pabellón elaborado con cintas que los niños del cortejo llevan en las manos.



Altar de última noche en Palenque, Bolívar

Hoy es el noveno día. Las velas iluminan el altar mientras hombres y mujeres del Palenque interpretan cantos de muerto, o *lumbalú*, que repiten: “chi ma nkongo, chi ma luango, chi ma ri Luango di Angola, e” (De los Congos soy, de los de Loango soy, de los de Loango de Angola, eh).



Altar de última noche en Guapi, Cauca

Para la novena, mujeres conocedoras de los secretos de la vida elaboran con cuidado un altar con imágenes de santos y crucifijos, decorado con telas, flores, coronas y luminarias, que en la última noche adornan de forma especial con nuevos moños o mariposas, escalones y veladoras para la partida del alma. Con excepción de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, en todas las regiones afrocolombianas, negras y palenqueras se repiten estos elementos que pueden verse en altares de última noche como los de Guapi y Palenque presentes en la exposición *Velorios y Santos Vivos*.